

cuando el partido comunista estadounidense se divide, Reed se constituye en el líder del partido comunista laborista y redacta su manifiesto y plataforma ideológica.

Sería sólo una visión parcial, la de considerarle como un ideólogo. Reed, testigo y participante, deja en sus escritos las huellas del contacto humano del que éstos brotan; es la dimensión humana y no el informe del hecho, el eje de la efectividad de aquéllos. En Reed se advierte el interés del antropólogo que intenta penetrar en el modo de vida, las actitudes y costumbres de una colectividad. Su objetivo son las masas (los huelguistas, los revolucionarios, los soldados) y partiendo de ellas, la conformación de una imagen panorámica vívida. Apunta hacia su vida cotidiana, su modo de vestir, comer y expresarse, sus manifestaciones folclóricas: las canciones que se componen cuando las gentes persiguen un objetivo común.

En los reportajes de Reed están presentes las cualidades de un narrador de ficción, que se vale de recursos técnicos a fin de recrear una atmósfera y un ambiente específicos. Arma de una libreta de apuntes, llegaba hasta trazar el croquis del lugar donde ocurrían los acontecimientos, para así poder relatar la escena con mayor eficacia. Por otra parte, se mueve a través de comparaciones que buscan destacar las situaciones paradójicas o los contrastes bruscos: la partida de París de la "promoción de 1914", un grupo alegre e ignorante del verdadero contenido de la guerra, y el paso simultáneo de un tren de la Cruz Roja cargado de heridos que vienen del frente. En cambio en sus cuentos, y me refiero a los compilados en *Hija de la revolución*, Reed no alcanza tal calidad: maneja un simbolismo obvio y el mensaje ideológico paraliza la dinámica narrativa.

El periodismo es considerado, por lo general, como un género informativo y fugaz que no trasciende las coordenadas temporales que lo generan. La producción de Reed plantea lo contrario; se erige como una creación alimentada por lo vivencial y fundada en el juicio a la historia.

ALICIA FAJARDO M.

El exangüe reportero

Colombia y otras sangres

Germán Santamaría

Editorial, Planeta Bogotá, 1987,
398 págs.

"Un hombre rubio, semicalvo, con un traje caro pero derruido y casposo, lleva 17 años parado en la esquina donde antiguamente quedaba El Tiempo, esperando que lo nombren ministro", cuenta Germán Santamaría en una crónica que describe la variada zoología que puebla la carrera séptima de Bogotá, la "vía que atraviesa a Colombia".

Germán Santamaría, periodista tolimense con varios premios nacionales e internacionales a cuestras, también escritor de ficción, estrella de la redacción de El Tiempo, dos veces presidente del Círculo de Periodistas de Bogotá, pesca de la realidad esta y otras reveladoras imágenes que dotan a sus crónicas y reportajes de cierta fuerza simbólica.

Colombia y otras sangres (certero título) suscita las reservas de toda antología de textos periodísticos. Pero a poco uno queda conquistado por sus frases breves, secas, hemingwayanas, como esa que jalona la entrada de una bella miniatura sobre el terremoto de Popayán: "Un niño vestido de negro tiraba a un caballo y el caballo tiraba a una carreta y en la carreta había tres ataúdes".

A poco admite que además la lectura avanza por un camino de limpia redacción, de no tan aleatoria temá-

tica, que hay orden en la elección de las piezas y que esta ordenación responde tanto a la búsqueda del gran tema que sugiere el título, como a la propia exploración de las posibilidades de estos géneros (para algunos) menores de la literatura.

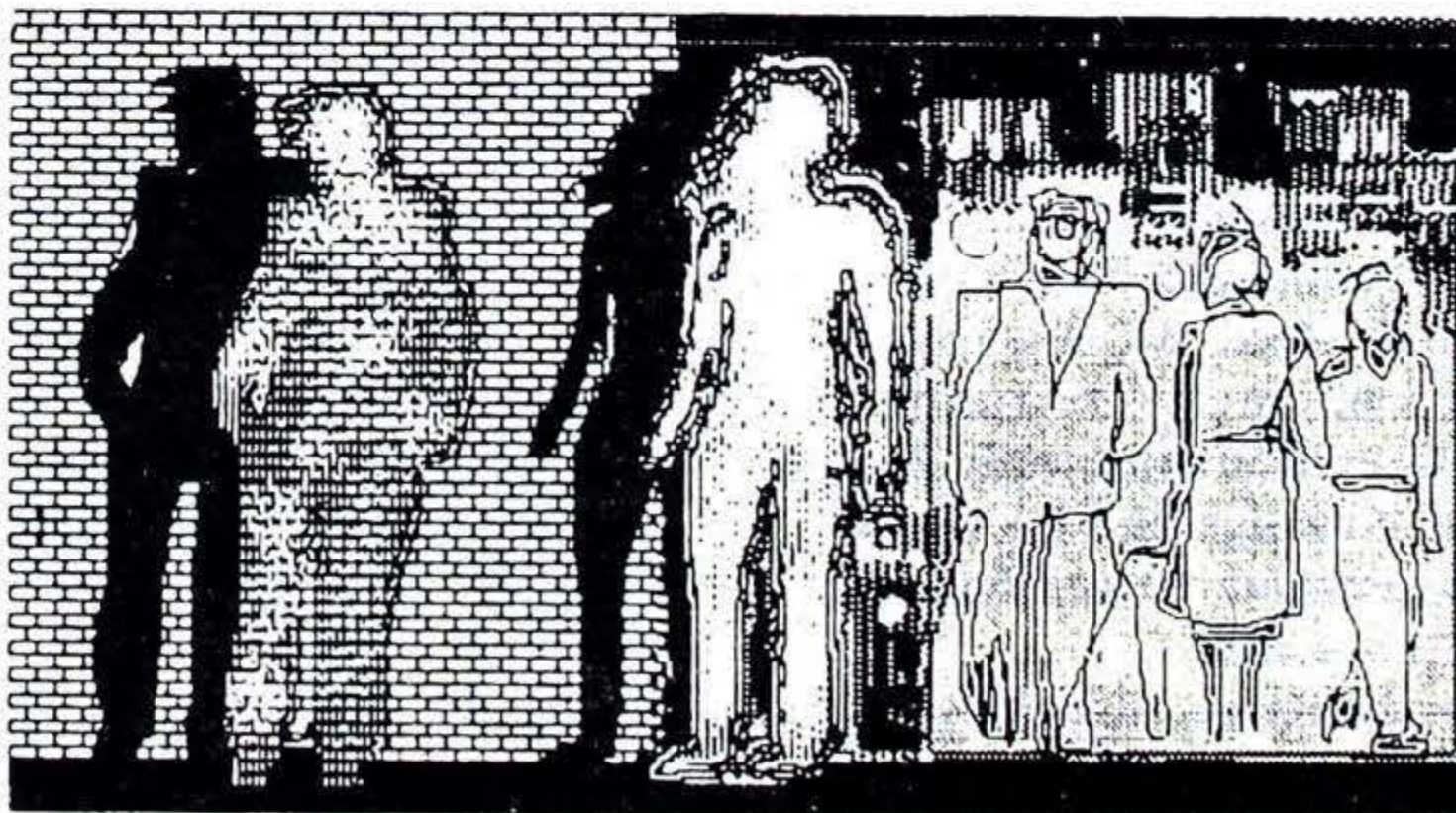
En el arco templado de esta antología, este periodista corrobora su hábil manejo reporteril y, ante todo, se revela como buscador de una forma mejor para el relato periodístico que pasa el Rubicón del mero encargo noticioso.

Sin altisonancias estilísticas, Santamaría es un estilista. Sabe al menos hacer un guiño al lector con el *lead* contundente que abre un espacio narrativo: "Ustedes no saben apuntar, alcanzó a decir el coronel Cantalicio Reyes antes que le reventaran el corazón con la descarga de diez grasas".

¿Mera técnica periodística? Quizá, pero en Santamaría hay otras cualidades resaltables. Mencionemos una: el toque de relato bien elaborado que se mantiene hasta el final de cada trabajo, de cada faena redonda, con la media verónica que remata las buenas hechuras de lo narrado.

Selectivo en los múltiples datos que captura de la realidad, este tipo de crónica rescata las voces de aquellos seres anónimos que dicen la vida con sencilla e inconsciente trascendencia; este tipo de reportaje recoge los detalles que construyen la imagen viva de un escenario. Como en la última función del Circo Espitia Hermanos:

"A cinco y diez pesos la entrada —y tres niños con una boleta— la



taquilla ni siquiera alcanzó para comprar la carne de los leones, que acosados por la hambruna de miedo que desde hace un mes azota al circo ya saben comer pasto. [Y] el pasto crece con fertilidad bajo la carpa. [Y adentro] la carpa se iluminaba gracias a los borbotones de resplandor solar que se colaban por los boquetes de la haraposa lona”.

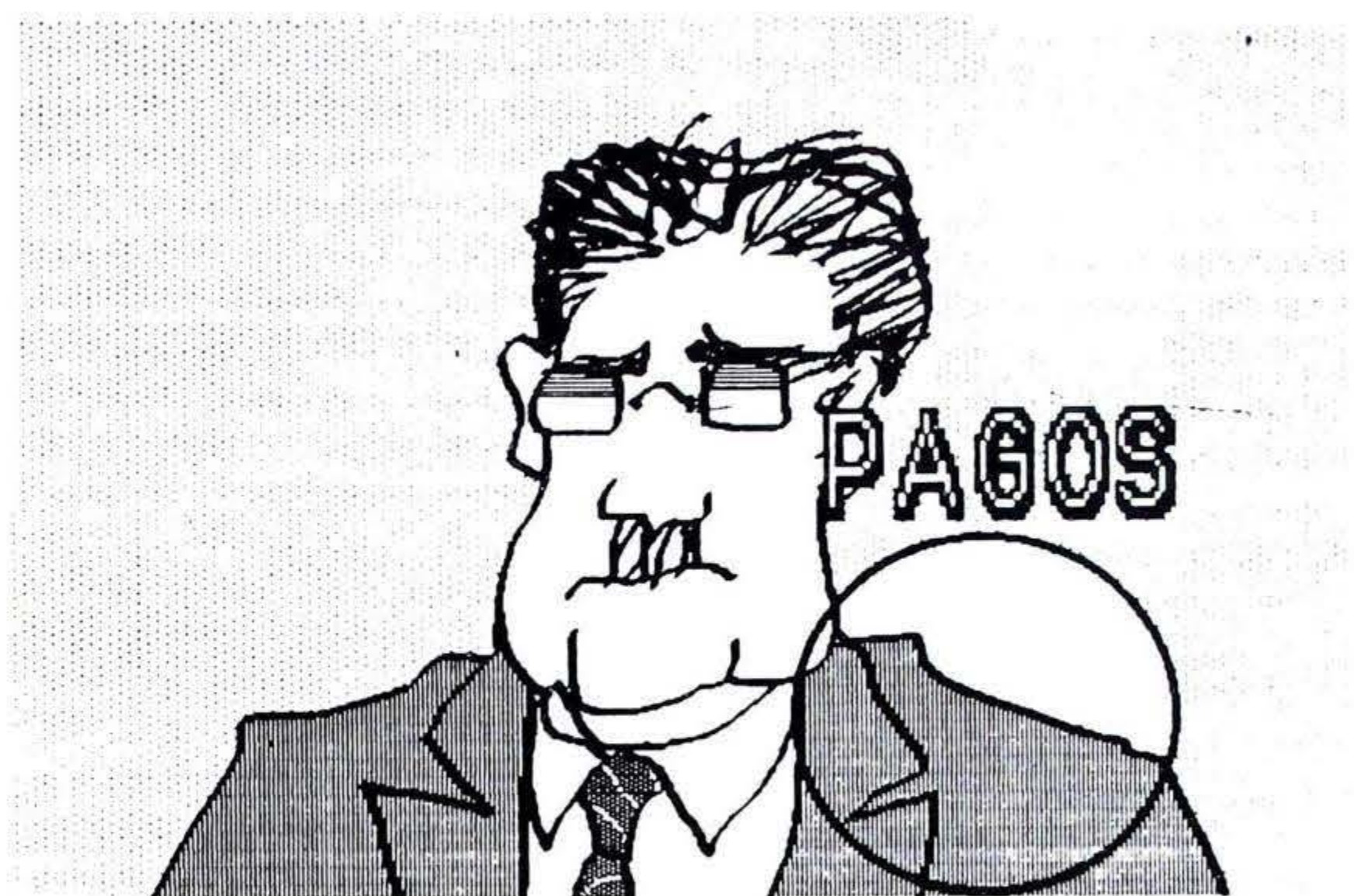
En un bien tejido juego temporal, los antecedentes se insertan en el curso presente del relato. Por ejemplo, cuando compendia hábilmente los seculares despojos que han padecido los pijaos o cuando narra la formación de los paramilitares conservadores en el decenio del 50 en la vereda de Chulavita.

“Mariano Jiménez jamás da la espalda. Prefirió el patio de su casa y giraba en círculo antes que cualquier extraño lograra pasar por detrás”, dice al contar su encuentro con el temible jefe chulavita. Y el ritornelo de “jamás da la espalda” dispara un no-se-qué de simbólico en esta historia de viejas paranoias autoritaristas.

El personaje cuenta, opina, babea, brama, y el periodista elige una impersonal voz en tercera persona y permanece estratégicamente en la penumbra del claroscuro narrativo, sorteando los escollos de la crónica autobiográfica, evitando la figuración del reportero que en todo momento se inscribe como personaje preponderante de su escrito.

Hay, por otro lado, aquí la crónica intimista (permítasenos el término) que, por ejemplo, sigue los avatares de la vida de un torero. Y es notable que Santamaría opte más por la observación que por el interrogatorio en los tres momentos estelares de la vida de Pepe Cáceres. Madruga con él a trotar por la avenida a Suba y registra “la forma sonora y segura con que sus zapatillas golpean el pavimento”; o después, en el trágico desenlace, apunta la muda agonía del matador que escribe boletinas para preguntar: “¿Ya se pagaron las cuadrillas?”.

En esta línea está también el reportero de sucesos que cala hondo en las motivaciones de los hechos de sangre más que en la descripción del horror inmediato de la escena. Así, cuando



efectúa una encuesta sobre aquellos episodios singulares de la vida solitaria de Campo Elías Delgado, el asesino de Pozzetto, o cuando averigua las probables causas del suicidio colectivo de la familia de un empleado bogotano.

A veces también el reportaje de Santamaría se resuelve en un vigoroso ejercicio de estilo que usa el solo discurso del personaje (elaborado, claro está) o la voz múltiple de varios testimonios: sugestivamente, es el caso del relato de los sobrevivientes de la matanza del Caquetá, cuyos testimonios se amalgaman en el todo que insinúa el tremendo título de “Nos mataron hasta el anochecer”.

El Santamaría entrevistador recurre al esquema pregunta-respuesta cuando se trata de transcribir las ínclitas opiniones literarias de García Márquez o de Vargas Llosa. También sin pretensiones estilísticas está el Santamaría que denuncia las violencias del Magdalena medio u observa imponente el suplicio de una niña atrapada en el lodo de Armero, dos reportajes que le han merecido sendas reseñas encomiásticas de García Márquez y Germán Arciniegas (van aquí como prólogos).

La sangre de los otros la encuentra este cronista en la encarnizada batalla de Beirut con sus niños palestinos impávidos o rabiosos, o con la vida que triunfa sobre la muerte entronizada al oficiar de partero entre dos

muros derruidos. Las otras sangres se derraman en Nicaragua o las Malvinas. Siente fascinación por los duelos aéreos entre un Phantom israelí y un Mig sirio, o entre un Mirage argentino y un Harrier inglés. Viñetas de guerra de fuerte reclamo: “Arriba en el cielo, tal vez a cuatro o cinco mil metros de altura, dos chorros de humo tejían círculos, se perseguían, se entrelazaban . . . De pronto una de las estelas se alejó en línea recta y la otra quedó como paralizada dos o tres segundos y después comenzó a descender en forma zigzagueante . . .”.

Diez años de periodismo que pasan por la devastada Beirut, por la sepultada Armero, por la exangüe Nicaragua, por la ruinosa Popayán, por la gris y secreta Leningrado, por la gélida Siberia, por el alucinante desierto de la Tatacoa, por la variopinta séptima bogotana, por mil sitios hollados por este cargaladrillo incansable (*videlicet* la foto de la cubierta).

Colombia y otras sangres, de Germán Santamaría, no es farragosa colección de notas de opinión. Es una auténtica muestra de reportaje moderno y creativo, una muestra de genuino periodismo de campo (no de escritorio); un cuerpo coherente de trabajos auténticamente periodísticos, una galería del quizá mejor reportaje colombiano.

RAÚL JOSÉ DÍAZ